

# El pasado como trauma. Historia, memoria y «recuperación de la memoria histórica» en la España actual

**MERCEDES YUSTA RODRIGO**

*Université Paris 8 – Institut Universitaire de France*

## ABSTRACT

The purpose of this paper is to put into perspective the different accounts of the past emerged in Spain in the heat of the movement « for the recovery of historical memory » and contextualize them in their historicity. To this end, a review is given to the origins of the movement and his confrontation with the discourse of historians. Finally we analyze the past narratives proposed by the « recovery of historical memory » with a psychoanalytic approach. In conclusion, the goal is to offer elements of understanding of the difficulty of the Spanish society to manage its memory of the recent past and the « war of memories » in which it is currently mired. A war in which the missing in the mass graves of the dictatorship remain the victims.

**Keywords:** History, memory, trauma, recovery of historical memory, mass graves

## RÉSUMÉ

L'objectif de cet article est de mettre en perspective les différents récits du passé qui sont apparus en Espagne à l'aune du mouvement « pour la récupération de la mémoire historique », ainsi que les contextualiser dans leur historicité. Pour cela, on reviendra sur les origines du mouvement et sur sa confrontation avec le discours des historiens, pour finalement analyser le récit construit à partir de la « récupération de la mémoire historique » sous un angle psychanalytique. Pour finir, il s'agit de proposer des éléments de compréhension de la difficulté de la société espagnole pour gérer sa mémoire du passé récent, tout comme de la « guerre de mémoires » dont elle pâtit actuellement. Une guerre dont les disparus des fosses du franquisme continuent à être les victimes.

**Mots-clés :** Histoire, mémoire, trauma, récupération de la mémoire historique, fosses

## RESUMEN

El objeto de este artículo es poner en perspectiva los diferentes relatos del pasado surgidos en España al calor del movimiento « por la recuperación de la memoria histórica » y contextualizarlos en su historicidad. Para ello, se da un repaso a los orígenes del movimiento, a su confrontación con el discurso de los historiadores y finalmente se analiza el relato construido desde la « recuperación de la memoria

histórica » en clave psicoanalítica. En conclusión, se trata de ofrecer elementos de comprensión de la dificultad de la sociedad española para gestionar su memoria del pasado reciente y de la « guerra de memorias » en la que se encuentra sumida actualmente. Una guerra de la que los desaparecidos de las fosas del franquismo siguen siendo las víctimas.

**Palabras clave:** Historia, memoria, trauma, recuperación de la memoria histórica, fosas

## EL « RETORNO » DE LA MEMORIA

Los primeros años del siglo XXI en España podrían ser recordados como « los años de la memoria histórica »: un rápido recorrido por la prensa de los primeros años del nuevo siglo muestra hasta qué punto durante esos años el pasado formaba parte del debate público en España. Es cierto que durante la década anterior habían comenzado a emerger los primeros ecos de una reivindicación memorial cuyo inicio se suele hacer coincidir con los actos conmemorativos del 60 aniversario del comienzo de la guerra civil, celebrado en 1996, año que fue también el de la llegada al poder del Partido Popular. Pero la explosión de las demandas memoriales y de la presencia pública del pasado, en particular de la memoria de la guerra civil y de la represión franquista, se produjo sobre todo a raíz de la extraordinaria mediatización de las aperturas de fosas comunes de víctimas de la dictadura. La exhumación, en octubre de 2000, de la fosa conocida como de los « 13 de Priaranza » y la identificación a partir de su ADN del abuelo del periodista Emilio Silva, co-fundador de la ARMH (Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica, considerada como el buque insignia del movimiento social en favor del reconocimiento público de la memoria de los vencidos de la guerra civil y las víctimas del franquismo), marcan así para muchos el punto de partida de la « recuperación de la memoria histórica ».

A primera vista, nada o casi nada hacia presagiar unos años antes semejante protagonismo, en el espacio público y mediático, de la memoria de la guerra civil y de la dictadura. Durante la mayor parte de los 14 años de gobierno socialista, la guerra y el propio franquismo aparecían como definitivamente pertenecientes al baúl de los recuerdos del abuelo. En 1994, en el marco de la conmemoración de los 20 años de la muerte del dictador, un debate televisivo podía titularse «¿Con Franco vivíamos mejor?», sin que ello suscitase particular escándalo. En 2001, el título de la novela Javier Cercas *Soldados de Salamina* aludía a la impresión de lejanía de la generación de Cercas con respecto al conflicto de 1936<sup>1</sup>. De ahí el carácter relativamente inesperado, al menos en cuanto a su amplitud y resonancia, del movimiento memorialístico « por la recuperación de la memoria histórica », que ha sacudido los cimientos de la conciencia nacional española

<sup>1</sup> « Mesa de redacción: ¿Con Franco vivíamos mejor? », Telecinco, emitido el 22 de noviembre de 1994 a las 0:00. J. Cercas, *Soldados de Salamina*, Barcelona, Tusquets, 2001.

poniendo ante los ojos de los ciudadanos la cruda realidad de las fosas comunes en las que yacen las decenas de miles (entre 100 000 y 150 000 según las estimaciones) de desaparecidos del franquismo.

Según una versión muy extendida de la forma en la que se construyó el consenso que permitió una transición pacífica de la dictadura a la democracia, el « pacto de olvido » (real o simbólico) establecido por las elites políticas como condición para llevar a cabo un proceso consensuado y pacífico de democratización es el culpable de esta situación, al evacuar del debate público cuestiones como las responsabilidades de la dictadura o la reparación a las víctimas (lo que, por supuesto, también suponía obviar cualquier actuación de tipo judicial contra los responsables franquistas). La Ley de Amnistía de 1977 aparece así como el símbolo de la transacción (« amnistía por amnesia ») sobre la cual se fundó el pacto democrático que dio nacimiento al actual Estado español. Y en efecto, esta transición sin ruptura, que hizo surgir la legalidad democrática directamente del aparato legal franquista, no permitiría una condena de este sin poner en cuestión los cimientos de la actual monarquía parlamentaria. Por otra parte, en ausencia de una condena pública del franquismo no se generó en el espacio público un espacio de legitimidad que hiciese audibles las experiencias y las reclamaciones de las víctimas. Quien esto escribe pudo experimentar, a la altura de 1996, las dificultades de recabar testimonios, en varios pueblos aragoneses, acerca de la represión de posguerra y la guerrilla, y el temor de las víctimas y testigos a reavivar conflictos larvados desde hacía 50 años<sup>2</sup>.

Sin embargo, la historia de la guerra y de la represión no ha dejado de escribirse desde antes de que el dictador muriese en la cama, y las primeras polémicas acerca de la amplitud de la represión son contemporáneas a la propia Transición. ¿Qué ha motivado que estos trabajos hayan pasado en gran medida desapercibidos, hasta el punto que algunos militantes « por la memoria histórica » hayan llegado a afirmar ser los primeros en dar a conocer « la verdad » acerca de la dictadura y la represión franquista? ¿Qué responsabilidad incumbe a los historiadores en esta suerte de olvido colectivo? De hecho, los historiadores han tardado cierto tiempo en reaccionar ante la amplitud del fenómeno, y cuando lo han hecho ha sido, en muchos casos, con desconfianza y prevención frente a un movimiento que les ha desbordado por sus dimensiones e implicaciones sociales, por un lado, y que se sustenta, por el otro, en un desconocimiento e ignorancia bastante amplios (que sean deliberados o no es otra cuestión) de la ingente historiografía que ha visto la luz en los últimos treinta años en torno a los temas que interesan a quienes desean « recuperar la memoria histórica ». Y por otro lado, casi de forma simultánea a la aparición del movimiento « por la recuperación de la memoria histórica », y bajo un gobierno del PP con mayoría absoluta, irrumpe en el panorama

<sup>2</sup> Los resultados de esa investigación se recogen en M. Yusta, *La guerra de los vencidos. El maquis en el Maestrazgo turolese (1940-1950)*, Institución Fernando el Católico, 2005 (1a ed. 1999).

editorial español un potente movimiento revisionista, potente no con respecto a la nula calidad de sus propuestas historiográficas (que en realidad no hacen sino reactualizar la historiografía franquista en torno a la justificación del golpe de Estado y el reparto de culpas de la violencia política de los años 30, atribuyendo esta última prioritariamente al espectro político republicano y al movimiento obrero), sino en relación a la amplia difusión mediática y editorial de la que disfrutaron y al número de ejemplares vendidos, para pasmo de los historiadores profesionales (no pueden ser considerados historiadores publicistas como Pío Moa o César Vidal). Atrapados entre la Caribdis del revisionismo y la Escila de un movimiento memorialístico que parece querer arrebatarles la primacía en la elaboración de discursos sobre el pasado, los historiadores españoles parecen haber perdido el monopolio del discurso experto sobre el pasado y del uso público de la historia —si es que lo han tenido alguna vez<sup>3</sup>.

Así, varias instancias se disputan en la España actual una suerte de monopolio o, al menos, de supremacía en la elaboración de epistemologías de comprensión, uso y/o superación del pasado, en particular del más reciente y traumático: la historia académica, pretendidamente objetiva, científica y racional (a pesar de que, como toda producción humana, está sujeta al inevitable filtro de la subjetividad de quien la elabora y la escribe); la «recuperación de la memoria histórica», cuya pretensión de constituirse en «la verdad» del pasado le hace correr el riesgo de elaborar un nuevo «relato oficial» y que carece de una reflexión crítica sobre sus propias condiciones de producción de relatos sobre el pasado; y un revisionismo neofranquista que no debería tener cartas de ciudadanía en una democracia pretendidamente madura y consolidada. Esta contribución no tiene otra pretensión que proponer algunas reflexiones acerca de las «guerras de memoria», retomando la expresión utilizada por Carolyn Boyd<sup>4</sup>, que se han producido recientemente en España, en particular entre la historia académica y la «recuperación de la memoria histórica», pero también en el interior del propio movimiento memorialístico<sup>5</sup>. Por razones de espacio y de argumentación no me ocuparé del fenómeno revisionista, de gran trascendencia y estrechamente relacionado con las otras instancias de producción de discursos del pasado pero que ya ha sido ampliamente tratado por otros autores<sup>6</sup>. Con ello espero contribuir a avanzar en

<sup>3</sup> Ver la reflexión propuesta en este sentido por F. Godicheau, «Rendre étrange le passé récent: la discipline historique dans la tourmente mémorielle espagnole», *Essais. Revue interdisciplinaire d'Humanités*, Hors-série, 2013, p. 129-145.

<sup>4</sup> C. Boyd, «The Politics of History and Memory in Democratic Spain», *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 617, 2008, p. 133-148.

<sup>5</sup> Propuse hace unos años unas primeras reflexiones sobre el tema en M. Yusta, «La "recuperación de la memoria histórica", ¿una reescritura de la historia en el espacio público? (1995-2005)», *Revista de Historiografía*, 9, 2008, p. 105-117.

<sup>6</sup> Ver entre otros J. Rodrigo, «Los mitos de la derecha historiográfica. Sobre la memoria de la Guerra Civil y el revisionismo a la española», *Historia del presente*, N° 3, 2004, págs. 185-195; F. Espinosa Maestre, *El fenómeno revisionista o los fantasmas de la derecha española*, Badajoz, Del Oeste, 2005; A. Reig Tapia, *Anti Moa*, Ediciones

la comprensión de los fenómenos memoriales en la España actual, fenómeno que, en sí mismo, merecería estudios y reflexiones más profundos, capaces de superar el tono de la polémica para constituir la actual « recuperación de la memoria histórica » en objeto de estudio sin por ello desactivar su carga política.

## DE LA DESMEMORIA A LA HISTORIA

El fenómeno de la « recuperación de la memoria histórica » debería resituarse en el centro de diversos procesos, todos ellos imbricados e interrelacionados dialécticamente, que confluyen en un momento dado y constituyen su marco referencial. Procesos relacionados con la evolución de la memoria colectiva en la España de los últimos 40 años, pero también con la de la historiografía española y europea y, más allá, con un marco global en el que, a partir de la caída del muro de Berlín y el fin de la Europa comunista, la memoria ha ocupado una dimensión desconocida en las preocupaciones de los europeos. Tal vez como respuesta a la desaparición de ciertos marcos ideológicos o nacionales que habían constituido el cimiento de las identidades colectivas de muchos europeos, la angustia producida por la incapacidad de asumir los pasados traumáticos se desbordó en aquel momento como un *retour du refoulé*. Y todavía queda por evaluar el peso de acontecimientos como el atentado del 11 de septiembre de 2001 o, en el caso español, el del 4 de marzo de 2004 en la configuración de nuevos discursos, a nivel global, en los que la memoria y la conmemoración de las víctimas serían la base sobre la que elaborar una nueva forma de construir mecanismos de formación y refuerzo de identidades colectivas<sup>8</sup>.

Todos los analistas coinciden en situar la emergencia de las reclamaciones memoriales en España al comienzo de los años 2000, y en tomar las aperturas de fosas comunes de la guerra civil y de la represión, promovidas principalmente por la ARMH, como detonante del actual debate público sobre la memoria de la guerra civil y del franquismo. Sin embargo, como trataré de demostrar, ni la aparición de la memoria de la guerra y la dictadura en el espacio público es tan repentina, ni su desaparición en los años que siguieron a la muerte de Franco tan completa. En primer lugar, habría que relativizar la supuesta ausencia del pasado en el espacio público en los años de la Transición: como han recordado Paloma Aguilar o Santos Juliá, entre otros, en aquellos años se habló

---

B, Barcelona, 2006. Otro tema interesante, pero que no tiene cabida en este artículo, es el de la reciente aparición de un revisionismo académico *soft*, que adapta y vuelve presentables ciertos argumentos del revisionismo neofranquista, representado por historiadores como Fernando del Rey Reguillo o Manuel Álvarez Tardío.

<sup>7</sup> Este fenómeno ha sido analizado para el marco europeo por numerosos autores. Ver por ejemplo R. Robin, *La Mémoire saturée*. Stock, Paris, 2003; E. Traverso, *Le Passé, modes d'emploi*, Paris, La Fabrique, 2005; T. Judt, « Epilogo. Desde la casa de los muertos. Un ensayo sobre memoria europea contemporánea », en *Posguerra. Una historia de Europa desde 1945*, Madrid, Taurus, 2006, p. 1145-1183.

<sup>8</sup> Con respecto a estos fenómenos esperamos la futura tesis doctoral de G. Truc, « Le "11 septembre européen". Une analyse sociologique des réactions européennes aux attentats de New-York, Madrid et Londres », bajo la dirección de Louis Quéré et Daniel Cefai, EHESS.

del pasado, y mucho<sup>9</sup>. Por poner un ejemplo de los más expresivos, una revista de gran tirada y extremadamente popular como *Interviú* se caracterizó, desde su aparición en mayo de 1976 (coincidiendo, por cierto, con la del periódico *El País*) por la combinación entre la explotación del desnudo femenino en la línea del « destape » y la publicación desde su aparición de numerosos reportajes de denuncia sobre aspectos ocultados de la dictadura (la represión de posguerra, el « maquis », los « topos »...), aunque desde una óptica marcadamente sensacionalista<sup>10</sup>. Incluso la expresión « memoria histórica », que se ha convertido en sinónimo del actual movimiento memorialístico y de la reivindicación de la presencia en el espacio público del discurso de los vencidos y las víctimas de la dictadura, dista mucho de ser una invención reciente. Un rápido recorrido por las páginas del periódico *El País* muestra que la expresión empieza a utilizarse muy pronto, durante el propio proceso de Transición a la democracia, si bien con un sentido sensiblemente diferente al que se le da en el actual contexto de « recuperación » de la misma. La « memoria histórica » aparece en el título de varios artículos de este periódico publicados entre 1977 y 1986, que hacían alusión mediante esta expresión al pasado reciente, concretamente a los años de la dictadura cuyo recuerdo colectivo, englobado por el sintagma « memoria histórica », venía a considerarse así acervo y patrimonio común, en una acepción integradora que traduce bien el espíritu de conciliación de la Transición. Una memoria compartida que no excluía, sin embargo, la noción de lo que los historiadores franceses denominaron « *devoir de mémoire* », recordatorio de los errores del pasado y conminación a no repetirlos<sup>11</sup>. Durante ese período fueron noticia también varias aperturas de fosas comunes<sup>12</sup>, si bien la trascendencia social y política de dichos actos dista mucho de lo que se experimentará a principios de los años 2000 y, de hecho, los testimonios hablan más bien de actos semiclandestinos y casi vergonzantes, de obstrucciones administrativas o incluso de oposiciones abiertas. En todo caso la memoria de la guerra y de la represión no estuvo ausente del discurso público en los años de la Transición, como ya han demostrado sobradamente los traba-

<sup>9</sup> P. Aguilar, *Memoria y olvido de la guerra civil española*, Madrid, Alianza Editorial, 1996; S. Juliá, « Echar al olvido. Memoria y amnistía en la transición », *Claves de razón práctica*, 129, 2003, p. 14-24; S. Juliá (dir.), *Memoria de la guerra y del franquismo*, Madrid, Taurus, 2006.

<sup>10</sup> Acerca de las contradicciones de esta y otras publicaciones, y en general de la cultura de la Transición, con respecto a la explotación del cuerpo femenino como símbolo de la liberación política y moral posible tras la muerte de Franco y la entrada en democracia, combinada con la denuncia de las exacciones de la dictadura, ver José Mari, « Desnudos, vivos y muertos : la Transición erótico/ política y en la crítica cultural de Manuel Vázquez Montalbán », en José F. Colmeiro (ed.), *Manuel Vázquez Montalbán : el compromiso con la memoria*, Tamesis, Woodbridge, 2007, p. 129-142.

<sup>11</sup> Editorial, « La memoria histórica », *El País*, 7 de enero de 1977; V. Ventura, « No perder la memoria histórica » (en Cartas al director), *El País*, 8 de agosto de 1979; J. Tusell, « El asesinato de la memoria histórica », *El País*, 11 de marzo de 1983; M. Veyrat, « Valle de los Caídos : memoria histórica » (Cartas al director), *El País*, 3 de agosto de 1983; J. Solana, « Una democracia con memoria histórica », *El País*, 22 de noviembre de 1985 (artículo en el cual ya se apreciaba una deriva hacia la consideración del pasado como definitivamente clausurado); H. R. Southworth, « La memoria histórica » (Cartas al director), *El País*, 9 de enero de 1985; I. Sotelo, « Fascismo y memoria histórica », *El País*, 12 de febrero de 1986; J. L. Cebrian, « La memoria histórica », *El País*, 18 de julio de 1936.

<sup>12</sup> J. M. Vaquero, « Fosa común de fusilados en la guerra civil », *El País*, 11 de noviembre de 1979.

jos de Paloma Aguilar y otros. Sí es cierto, en cambio, que la memoria de los vencidos no ocupó un lugar hegemónico en el espacio público, y que lo que no fue recuperado, a no ser como contraejemplo del camino a seguir en la construcción de la convivencia democrática, fue la experiencia política de la Segunda República, considerada, en el mejor de los casos, como un intento democrático fallido.

Si hay un momento en la historia reciente en el que se puede detectar ese « eclipse de la memoria » que denuncian las asociaciones, ese sería probablemente el de los sucesivos gobiernos socialistas entre 1982 y 1996, en particular en los años previos a la caída del Muro de Berlín (que coinciden también, y no por casualidad en lo que al silencio sobre el pasado se refiere, con los primeros años de la integración de España en Europa). En ese momento, además, la expresión « memoria histórica » cambió sutilmente de sentido para pasar a designar un período definitivamente clausurado. La hegemonía en el uso público del pasado correspondía entonces a los actores de la Transición, cuya percepción del proceso político vivido por España (o más bien, la percepción que de él deseaban transmitir a la ciudadanía) era la del triunfo de la democracia y de la modernidad. Fue también el período en el que se forjó el mito de la Transición como modelo exportable, en un momento en el que ni las dictaduras latinoamericanas, ni los países del Este europeo habían comenzado sus propios procesos de transición y, por tanto, apenas existían contramodelos (con la excepción del portugués, significativamente ignorado por las elites políticas españolas) con los que comparar una Transición española cuya (relativa) no violencia la hacía aparecer como particularmente exitosa<sup>13</sup>. Es de sobras sabido que las políticas de memoria de los sucesivos gobiernos socialistas consistieron, precisamente, en la ausencia de memoria de la guerra y la dictadura en el espacio público, y que lo apostaron todo a una imagen de modernidad orientada hacia el futuro, en la que la guerra se convertía en un acontecimiento « no conmemorable », según la muy citada expresión de Felipe González<sup>14</sup>. La « Movida », considerada por algunos como una cortina de humo para hacer, justamente, tabla rasa del pasado, sería más bien la huida hacia delante de una sociedad, en particular de una juventud, con prisa por recuperar todo el tiempo que le había sido arrebatado<sup>15</sup>. Y en ese contexto, ningún actor político ni social consideró que hubiese llegado el momento de ajustar cuentas con el pasado, un pasado que nunca se llegó, en aquel momento, a considerar como equiparable al de otras dictaduras europeas o latinoamericanas : en la década de 1980, en una España asolada por un paro masivo, con un aumento de la visibilidad de

<sup>13</sup> Sophie Baby ha puesto de manifiesto en su excelente tesis doctoral, recientemente publicada, que la ausencia de violencia durante la Transición es uno más de los mitos sobre los que se ha elaborado su relato hegemónico. S. Baby, *Le Mythe de la transition pacifique: violence et politique en Espagne, 1975-1982*, Madrid, Casa de Velázquez, 2012.

<sup>14</sup> « Una guerra civil no es un acontecimiento conmemorable, por más que para quienes la vivieron y sufrieron sea un acontecimiento determinante en su propia trayectoria biográfica (...) ». « Declaración del Gobierno con motivo del 50 aniversario de la guerra civil », *El País*, 18 de julio de 1986, cit. en S. Juliá, « Echar al olvido », p. 22.

<sup>15</sup> Una versión crítica de la cultura de la transición y de sus consecuencias políticas en *CT o la cultura de la Transición. Crítica a 35 años de cultura española*, Madrid, De Bolsillo, 2012.

fenómenos generadores de inseguridad ciudadana como las drogas o el terrorismo, la percepción de que « con Franco vivíamos mejor » (o por lo menos, no vivíamos tan mal) estaba más extendida de lo que a muchos nos gustaría reconocer.

Por razones diversas y complejas, no todas achacables a la falta de voluntad política de los gobiernos democráticos (aunque esta influyó en el resultado, y mucho), hasta mediados de los años 90 la sociedad española en su conjunto no manifestó apenas interés por una puesta en cuestión de lo que se solía denominar de manera perifrástica, incluso en los libros de texto, « el régimen anterior ». Incluso un historiador del tiempo presente como Abdón Mateos escribía en 1998 : « A mi juicio (...) la memoria histórica hegemónica de los españoles se sitúa en el punto de inflexión que trajo consigo el Plan de Liberalización y Estabilización económica de 1959 en la Historia de España. Un tiempo histórico que culmina con la integración en Europa a mitad de los años ochenta. Esos treinta años constituyen el período cerrado del pasado reciente español que tiene mayor influencia en el presente (...) ». Más acertado andaba cuando añadía inmediatamente después que « [d]esde luego, ninguna formación política española posee una memoria histórica hegemónica ni una política de la memoria basada en las experiencias de la guerra civil y de sus consecuencias inmediatas de represión y exilio.<sup>16</sup> »

Y sin embargo, a la altura de 1998 ya estaba tomando forma el movimiento social que pronto se conocería como « de recuperación de la memoria histórica », aunque en esos momentos sus actores tenían prioridades más políticas que memoriales. Para que ello se produjese se combinaron varios factores : la constitución de un corpus historiográfico consecuente sobre la guerra civil y la represión franquista, el tímido inicio de una política pública de memoria por parte del PSOE (y su rápido desmantelamiento por parte del PP una vez llegado al poder en 1996) y la urgencia biológica de muchos supervivientes de la guerra y la dictadura, que decidieron hacer de la reivindicación de sus derechos, olvidados por la democracia, el último de sus combates contra el franquismo. Ellos fueron en gran medida los impulsores de un movimiento al que pronto se sumó una nueva generación, los « nietos », que han sido finalmente los portadores del movimiento al espacio público.

Si bien los años de los gobiernos socialistas pueden ser caracterizados como de « eclipse » de la memoria en el espacio público, es justamente durante ese período cuando se formó en las Universidades españolas, recientemente democratizadas, una nueva generación de historiadores, educados muchos de ellos (aunque fuese de forma indirecta) bajo el magisterio de historiadores de sensibilidad antifranquista y muy influidos por lo que sucedía del otro lado de la frontera, en particular los coloquios de Pau conducidos por Manuel Tuñón de Lara, o el trabajo editorial de Ruedo Ibérico, que

<sup>16</sup> A. Mateos, « Historia, memoria, tiempo presente », *Hispania Nova*, 1, 1998-2000, <http://hispanianova.rediris.es/general/articulo/004/art004.htm#01t>



había permitido la circulación en castellano (aunque fuese de forma semiclandestina) de la historiografía hispanista sobre la guerra civil y la dictadura, la cual contradecía flagrantemente los relatos de la historiografía oficial<sup>17</sup>. Por tanto, a pesar del discurso mantenido por muchos de los activistas « de la memoria » acerca de los « silencios » de la historiografía, este fenómeno probablemente no habría podido tener lugar en la forma en la que se ha producido sin la evolución del propio conocimiento histórico de la guerra civil y de la represión<sup>18</sup>. En efecto, los temas que interesan al movimiento de recuperación de la memoria histórica, en particular la represión franquista, han sido objeto de interés por parte de los historiadores desde la propia Transición: de 1977 datan las primeras polémicas que enfrentaron a Alberto Reig Tapia y al historiador franquista Ramon Salas Larrazábal en torno a las cifras de víctimas de ambos bandos durante la guerra civil. En 1984, el mismo Reig Tapia publica el que será uno de los libros más significativos sobre la represión franquista y la ocultación del pasado por parte de la dictadura durante años: *Ideología e historia*. De 1986 (coincidiendo con el 50 aniversario del comienzo de la guerra), es la escalofriante recopilación de testimonios sobre la represión en Navarra (una región en la que ni siquiera llegó a haber guerra civil) realizada por el colectivo Altafayya Kultur Taldea. Y en 1992 se publica el libro *El pasado oculto*, de significativo título, en el que un equipo de historiadoras de la Universidad de Zaragoza dirigidas por Julián Casanova recopilaban una lista de represaliados y establecían una metodología de recuento de víctimas, basada en gran medida en el cruce de las fuentes orales con los registros de los cementerios, que sería básica para estudios posteriores sobre la represión franquista<sup>19</sup>. Los años 90 vieron una explosión de publicaciones, principalmente de ámbito local, sobre temas como la violencia política durante la guerra y la posguerra, la guerrilla o maquis, la vida cotidiana durante la posguerra o la represión comprendida en sus múltiples formas. De manera que a finales de la década y a principios de la siguiente ya podían publicarse grandes síntesis de ámbito nacional sobre algunos de los temas más relacionados con las actuales reivindicaciones memoriales, como la guerrilla, el sistema penitenciario franquista o la violencia durante la dictadura. Sobre todo, el estado del conocimiento histórico sobre la violencia durante la guerra civil permitía, ya en 1999, publicar una síntesis a nivel nacional sobre las víctimas en los dos campos: *Víctimas de la guerra civil*, coordinada por Santos Juliá. Las cifras avanzadas en este libro (50.000 víctimas de

<sup>17</sup> Ver P. Preston, « Guerra de palabras: los historiadores ante la guerra civil española », en P. Preston (ed.), *Revolución y guerra en España, 1931-1939*. Alianza Editorial, Madrid, 1986, p. 15-24.

<sup>18</sup> Ver O. Rodríguez Barreira, « Vivir y narrar el franquismo desde los márgenes », en *El Franquismo desde los márgenes. Campesinos, mujeres, delatores, menores...* (textos reunidos por O. Rodríguez Barreira), *Espai/Temps*, 62, 2013, p. 7-24.

<sup>19</sup> R. Salas Larrazábal, *Pérdidas de la guerra*. Barcelona, Planeta, 1977; A. Reig Tapia, « Consideraciones metodológicas para el estudio de la represión franquista en la guerra civil », *Sistema*, 33, 1979; del mismo autor, *Ideología e historia. (Sobre la represión franquista y la guerra civil)*. Madrid, Akal, 1984, o *Violencia y terror. Estudios sobre la guerra civil española*, Akal, Madrid, 1990; *Navarra 1936. De la esperanza al terror*, Ed. Altafaylla Kultur Taldea, 1986; J. Casanova (ed.), *El pasado oculto: Fascismo y violencia en Aragón (1936-1939)*, Madrid, Siglo XXI, 1992.

la represión republicana, y 150.000 de la represión franquista hasta 1945) no han sido significativamente contestadas después, lo que indica que, a esas alturas, y antes de que comenzase el «boom» memorial, la historiografía estaba en disposición de ofrecer trabajos solventes sobre la represión a nivel del Estado español<sup>20</sup>.

## DISCURSOS DE LA MEMORIA

Sin duda, esta reflexión historiográfica previa preparó el terreno para una nueva sensibilidad hacia el pasado, alimentada por los descubrimientos efectuados por los historiadores. Al mismo tiempo, es importante señalar la existencia de un movimiento social de carácter memorial que comienza a organizarse desde mediados de los años 90 (de forma paralela, por tanto, al «boom» de la historiografía sobre la guerra civil y la represión franquista) y que constituye el precedente inmediato de la creación de la ARMH, por cuanto que existen lazos militantes entre este previo movimiento asociativo (en particular organizado en torno a la asociación Archivo Guerra y Exilio, AGE) y la ARMH. Con la notable salvedad de que AGE se organiza en torno a los testigos todavía vivos, especialmente los supervivientes del movimiento guerrillero, que se constituyen en protagonistas de la transmisión memorial. Las llamadas Caravanas de la Memoria, organizadas por AGE, condujeron a estos militantes —guerrilleros, brigadistas, «niños de la guerra»— a recorrer diferentes ciudades de España entre los años 2000 y 2002, con el objeto de generar una toma de conciencia en la sociedad española con respecto a la necesidad de rehabilitar la dignidad y la memoria de los combatientes republicanos, identidad en la que se reconocía el colectivo<sup>21</sup>. Pues, significativamente, del discurso de AGE está casi totalmente ausente la noción identitaria que será puesta constantemente de relieve en el discurso «de la recuperación de la memoria histórica»: la de víctima.

Pero nada de lo publicado o sucedido previamente al año 2000 puede compararse al impacto, que podría calificarse de catarsis colectiva, experimentado por la sociedad española puesta frente a la evidencia macabra de las fosas comunes del franquismo. Las imágenes de los huesos revueltos con el barro y la tierra, algunos de los cuales mantenían todavía la posición en la que cayeron en la fosa o conservaban restos de calzado o de ropa que los humanizaban e individualizaban, fueron retomadas una y otra vez por la prensa y la televisión y acompañadas de un discurso que insistía más en el aspecto emocional del acontecimiento que en su trasfondo político y social (aunque este, por supuesto, siempre estaba presente), removiendo la conciencia colectiva de ciertos sectores de la sociedad española de forma más eficaz que cualquier discurso político o historiográfico. Incluso la virulencia de la animadversión de la derecha al

<sup>20</sup> S. Juliá (coord.), *Víctimas de la guerra civil*, Madrid, Temas de Hoy, 1999. Ver además J. Ruiz, «Las metanarraciones del exterminio», *Revista de Libros*, n° 172, abril 2011.

<sup>21</sup> O. Martínez, «2000-2002: Les caravanes de la mémoire. Effractions et discordances», *Matériaux pour l'Histoire de notre Temps*, 70, 2003, p. 87-93.

movimiento « de recuperación de la memoria histórica », y sus acusaciones a éste de « reabrir las heridas del pasado » pueden explicarse en gran parte como reacción a la eficacia emocional de estas imágenes, cuyo impacto merecería ser analizado de forma más precisa y puesto en relación con la utilización de imágenes semejantes en otros contextos históricos, como el descubrimiento de las fosas o de las montañas de cadáveres en los campos de concentración nazis, el desenterramiento de los cadáveres de resistentes fusilados en Francia tras la Liberación, las imágenes de desenterramientos en Chile o Argentina o, sin salir de España, las fotos de los cadáveres de los asesinados por las « hordas rojas » que fueron ampliamente publicitadas durante la posguerra, mientras se instruía la Causa General<sup>22</sup>. A través de estas imágenes de las fosas comunes del franquismo España era puesta, en el imaginario colectivo, al mismo nivel que Chile o Argentina, cuyas aperturas de fosas aún estaban frescas en la opinión pública española, y justo poco después de que un juez español, Baltasar Garzón, hubiese conseguido el arresto y la puesta en acusación del ex-dictador Pinochet. Para los miembros de la ARMH y sus simpatizantes, España aparecía así como el país que quería acusar y hacer condenar a los dictadores latinoamericanos mientras que no había sido capaz de enfrentarse a su propio pasado dictatorial. La asociación, principal responsable y promotora de las primeras exhumaciones de la década de los 2000, alimentó por otro lado esta comparación con América Latina calificando estos muertos de « desaparecidos del franquismo » y llevando su causa frente al Grupo de Trabajo sobre Desapariciones Forzadas y Permanentes de la ONU.

El discurso de la ARMH supone una ruptura epistemológica en el tratamiento de la memoria de la guerra civil y de la dictadura, al adaptar y equiparar la situación española a un contexto más amplio, el del paradigma transnacional de la justicia transicional y de los derechos humanos y sus correlatos de búsqueda de « memoria, justicia y reparación », a través en particular del concepto de « desaparecidos del franquismo ». Una ruptura epistemológica que no deja de conllevar un cierto anacronismo por cuanto adapta a la situación española discursos producidos en marcos y contextos que pertenecen a un ciclo histórico diferente del de la violencia política de los años de entreguerras<sup>23</sup>. El discurso de esta asociación parece así inspirarse ampliamente de las « Comisiones de Verdad y Reconciliación » creadas en diversos países de América latina con un pasado dictatorial, y reproducir los protocolos de acción ya experimentados en estos países latinoamericanos para la gestión de este pasado traumático. La

<sup>22</sup> Un análisis de la influencia de las fotografías en la construcción de relatos sobre acontecimientos traumáticos en G. Truc, « La participation de la photographie à la construction des grands récits : le cas des attentats du 11 septembre 2001 et du 11 mars 2004 », en D. Peschanski et D. Maréchal (dir.), *Les Chantiers de la mémoire*, Paris, INA éditions, 2013, p. 115-142.

<sup>23</sup> Una idea semejante es puesta de manifiesto por Francisco Ferrándiz, cuando señala el contraste entre los regímenes *biopolíticos* extremadamente distintos que marcan la desaparición y la posterior reaparición (como huesos, mudos pero llenos de significado) de los republicanos asesinados. F. Ferrándiz, « Autopsia social de un subterráneo », *ISEGORÍA*, 45, 2011, p. 525-544, en particular p. 532.

colaboración con el Equipo Nizkor, una ONG presente igualmente en varios países latinoamericanos y especializada en cuestiones de derechos humanos y crímenes contra la humanidad, refuerza la idea de una inspiración en el modelo latinoamericano por parte de la ARMH, y de otras asociaciones « de memoria histórica », para la gestión de las reclamaciones de justicia y reparación por parte de las víctimas del franquismo. El concepto mismo de « memoria histórica » tal y como es utilizado por las asociaciones y en particular por la ARMH, más que inspirarse con el uso dado a esta expresión en España en el pasado, parece ser un préstamo del discurso existente en las sociedades latinoamericanas, donde el término designa la historia de las víctimas por oposición a la de los verdugos. La memoria histórica sería, en esta acepción, la memoria de la represión y de los crímenes cometidos contra las poblaciones civiles, la lucha por evitar que la memoria oficial acabe borrando la memoria de estos crímenes. Una « memoria dolorida », según las palabras del psicólogo social salvadoreño Mauricio Gaborit, que propone la idea de una memoria colectiva basada en la recuperación del testimonio de las víctimas y en el recuerdo de su sufrimiento. Esta memoria del sufrimiento serviría, según Gaborit, para reconstruir el tejido social y la identidad colectiva de las poblaciones que han sufrido estas injusticias y estos crímenes. Se trata, pues, de superar el sufrimiento individual para reconstruir una identidad colectiva, de la construcción « de un sentido de pertenencia, de un sentido de comunidad, de un sentido de nación ». A una memoria colectiva múltiple, Gaborit opone así una memoria histórica unívoca, con la historia de las víctimas como « opción epistemológica preferencial », llegando a afirmar que « La memoria histórica es la recuperación de la verdad desde las experiencias de las víctimas ». <sup>24</sup> Y esta posición, recogida en la página web de la ARMH, es la que podemos rastrear a través del discurso de esta asociación.

No se trata, en todo caso, de explicar el auge de la « memoria histórica » en la España actual recurriendo a factores exógenos, como parecía sugerir Enric Ucelay-Da Cal en un artículo de 2005, sino de explicar cómo la forma que ha adoptado el discurso memorialístico del movimiento social de « recuperación de la memoria histórica » se inspira de discursos y protocolos ya ensayados con éxito en otros lugares y de resaltar la influencia de determinadas transferencias culturales en la construcción de los discursos y las prácticas sociales, un fenómeno que, con la globalización, tendrá seguramente cada vez mayor relevancia. En este sentido me parece esclarecedor señalar esta analogía con el caso latinoamericano, así como la influencia que este ha podido tener en la legitimación de los discursos de las asociaciones « de memoria histórica » en España <sup>25</sup>. En todo

<sup>24</sup> P. Lipcovich, « Memoria dolorida. Reportaje a Mauricio Gaborit », *Página12*, 4/09/2005, <http://www.pagina12.com.ar/diario/psicologia/9-55864-2005-09-04.html>. Ver también M. Gaborit, « Recordar para vivir. El papel de la memoria histórica en la reparación del tejido social », *Estudios Centroamericanos*, Vol. 62, 701-702, 2007, p. 203-218, en el que por cierto parte para su reflexión sobre Centroamérica del caso español de « recuperación de la memoria histórica » : de este modo, *la boucle est bouclée*.

<sup>25</sup> E. Ucelay-Da Cal, « El recuerdo imaginario como peso del pasado: las Transiciones políticas en España », en C. Waisman, R. Rein y A. Gurrutxaga (eds.), *Transiciones de la dictadura a la democracia: los casos de España y*

caso, en el discurso de la ARMH encontramos estos elementos de reivindicación del discurso de las víctimas y de formación de un colectivo fuertemente unido en torno a la identidad colectiva de víctimas, una identidad que acaba por generar un nuevo discurso sobre el pasado —discurso que, según sus promotores, es *la verdad* sobre el pasado.

Se debe insistir, sin embargo, en que el discurso de la ARMH, si bien hegemónico, no es el único tipo de discurso presente en las asociaciones « de recuperación de la memoria histórica »: varias polémicas que han acompañado la historia de este movimiento (en torno a la gestión de la apertura de fosas, de la misma conveniencia o no de dichas aperturas, a la posición con respecto a la « Ley de memoria histórica » de 2007 o a la figura del juez Garzón) atestiguan de esta heterogeneidad de discursos y posiciones políticas. Una heterogeneidad que en un trabajo anterior achacaba, no tanto a una diferencia sustancial de posicionamiento político o de enfoque sobre lo que representa o persigue la « recuperación de la memoria histórica », sino, en gran medida, a una diferencia generacional que implica también la pertenencia a diferentes tradiciones de militancia y culturas políticas: una militancia más « clásica » y política en el caso de los militantes de AGE o de la asociación Foro por la Memoria (ligada a Izquierda Unida), y otra más relacionada con las formas y discursos de movilización desarrollados por los « Nuevos Movimientos Sociales » en el caso de la ARMH, que la aproximan más al modelo de activismo de las ONGs<sup>26</sup>. Sobre todo, me parece relevante señalar que estas divisiones en el seno del movimiento son delimitadas también (¿ sobre todo ?) por la condición, o no, de testigos directos de los militantes por la memoria. Así, en varias polémicas se ha puesto de manifiesto la línea de demarcación entre quienes tienen una memoria personal de los acontecimientos (la guerra, cada vez menos por razones biológicas, y sobre todo la represión y la guerrilla) y quienes, excesivamente jóvenes para haber vivido los acontecimientos o tan siquiera la denostada Transición, se constituyen en portavoces de quienes no pueden hablar : las víctimas y, por encima de todo, los muertos. Hay pues, en todas estas polémicas, una cuestión velada, que rara vez se formula de forma clara y abierta: ¿ quién tiene legitimidad para hablar en nombre de las víctimas ?<sup>27</sup> Teniendo en cuenta, además, que muchos de los militantes antifranquistas de ayer, militantes de la memoria de hoy, se niegan a reconocerse como tales, prefiriendo calificarse de combatientes o de antifranquistas. Lo cual suscita nuevas cuestiones que interpelan directamente el discurso de las asociaciones de memoria histórica : ¿ Aquellos y aquellas cuya memoria se quiere recuperar corresponden en todos los casos al apelativo de

---

*América Latina*. Zarautz, Servicio Editorial UPV/Argitaipen zerbitua EHU, 2005, p. 37-83. Ver también la respuesta de M. Ortiz Heras, « Memoria social de la guerra civil: la memoria de los vencidos, la memoria de la frustración », *HAOL*, 10, 2006, p. 179-198.

<sup>26</sup> M. Yusta, « “Memoria versus justicia”? La “recuperación de la memoria histórica” en la España actual », *Ammis*, 2, 2011, mis en ligne le 27 octobre 2011. URL : <http://ammis.revues.org/1482>.

<sup>27</sup> Una cuestión que también se plantea en el caso de otras naciones europeas teatro de similares demandas memoriales. Ver, para el caso francés, los interrogantes planteados por T. Todorov, *Les abus de la mémoire*, Arléa, 1995, o A. Wieviorka, *L'ère du témoin*, Paris, Plon, 1998.

víctimas ? ¿ No es en cierto modo una simplificación abusiva el reducirlos a esa única identidad, como si toda su trayectoria y subjetividad se redujesen a su final trágico ? ¿ Qué construcción de subjetividades políticas, qué procesos identitarios están en juego para una generación de jóvenes (y no tan jóvenes) militantes que se reclaman herederos, reales o simbólicos, de las víctimas del franquismo ?

### EL PASADO COMO TRAUMA

Los discursos y prácticas memoriales de la ARMH están generando un metadiscurso con una clara lectura psicoanalítica, en el que el pasado estaría enterrado en las fosas comunes del franquismo a la espera de ser desenterrado (tanto en sentido literal como figurado). En una lectura, que tiene mucho de *primoleviana*, del pasado y de sus procesos de « recuperación » y superación, los verdaderos testigos, con legitimidad por tanto para representar el pasado, serían ellos, los muertos, las víctimas (« los musulmanes, los hundidos » de Levi)<sup>28</sup>. La apertura de fosas comunes, con identificación de las víctimas, entrega a las familias y nueva inhumación esta vez en un cementerio, no sólo se ha convertido en la práctica más característica del actual movimiento « por la recuperación de la memoria histórica », sino también en una potente metáfora del mismo, y aún más que eso : en una etapa necesaria para, según los representantes de la ARMH, superar definitivamente el trauma del pasado. El metadiscurso elaborado por la asociación postula así, en primer lugar, que estas aperturas de fosas, según el protocolo establecido por la asociación, son el paso imprescindible para una verdadera « recuperación de la memoria histórica » que rompa el silencio que pesa en España sobre la represión franquista ; y consecuentemente, que este silencio, establecido por el pacto entre las elites políticas de la Transición, no ha comenzado a resquebrajarse hasta el año 2000, año en que Emilio Silva procedió a organizar la primera exhumación científica de España : la de la fosa en la que yacía su abuelo, Emilio Silva Faba.

Es evidente, por un lado, que la labor realizada por esta asociación (y por otras, como Foro por la Memoria o la Sociedad de Ciencias Aranzadi en el País Vasco) es indispensable desde el punto de vista ético, moral y humanitario para muchas familias de desaparecidos, deseosas de conocer el paradero de sus familiares y de recuperar sus restos, y extremadamente loable. Desde un punto de vista puramente político, también es imprescindible denunciar la deserción del Estado español de una labor que las instituciones oficiales deberían haber asumido : no parece de recibo, en una sociedad como la española, con pretensiones de modernidad, democracia y europeísmo, que la labor de localizar y, en su caso, exhumar a los desaparecidos de la dictadura se delegue a la sociedad civil. Sin embargo, algunos puntos de esta acción plantean diversos problemas y distorsiones, tanto desde el punto de vista de la heterogeneidad del propio movi-

<sup>28</sup> P. Levi, *I sommersi e i salvati*, Einaudi, 1986. Claro que, en el mismo libro, Levi puntualizaba que « La memoria umana è uno strumento meraviglioso ma fallace. »

miento memorialístico (en el interior del cual hay asociaciones, como AGE o Foro por la Memoria, muy críticas con la forma de actuar de la ARMH, o se dan otro tipo de prácticas memoriales) como del discurso sobre el pasado que se apoya sobre esta práctica de las exhumaciones<sup>29</sup>. Plantear el año 2000 como el año en el que el silencio comienza a romperse en España resulta también problemático, al menos en dos sentidos. Por lo que supone de ignorancia (o de invisibilización) de más de 25 años de historiografía sobre la guerra y el franquismo, por supuesto, pero también porque niega el trabajo previo realizado por otras asociaciones, e incluso porque difumina la propia genealogía de la ARMH y del movimiento por la recuperación de la memoria histórica.

En efecto, la ARMH no nació de la nada, ni el militantismo de la memoria era un erial antes del « año cero » marcado por las exhumaciones de Priaranza. En medio de las pesquisas para localizar a su abuelo, Emilio Silva se encontró con otros militantes de la memoria, los guerrilleros antifranquistas, que en 1998 ya llevaron a cabo la exhumación de varios de sus compañeros en el Bierzo en presencia de Santiago Macías, sobrino-nieto de uno de los guerrilleros exhumados y posteriormente co-fundador de la ARMH<sup>30</sup>. Los futuros fundadores de la ARMH se beneficiaron así, en un primer momento, del apoyo y del *savoir faire* de los guerrilleros y de AGE, la asociación en la que estos militaban mayoritariamente. Posteriormente, las desavenencias en cuanto a la forma de gestionar la militancia « por la memoria histórica », así como la sensibilidad diferente en cuanto a la construcción de un discurso sobre el pasado, hicieron esta colaboración imposible. El discurso de la generación de los « nietos », en particular de la ARMH, parte de una concepción en cierto modo mítica del tiempo y de la memoria, de un metarrelato que concibe el pasado como un ciclo de desaparición-ocultación-reaparición<sup>31</sup>. Se trata de la narración, adaptándola a la relación de la sociedad española con respecto a su pasado, de un proceso psicopatológico tanto como social y político, en el que el pasado adquiere la categoría de trauma colectivo, cuyos síntomas, como en el psicoanálisis, solo podrían desaparecer a través de la « puesta en palabras » (*mise en parole, mise en récit*), la posibilidad de construir un relato y dar sentido. Y es evidente que esta curación por

<sup>29</sup> Ver B. Bevernage & L. Colaert, « History from the Grave ? Politics of time in Spanish mass grave exhumations », *Memory Studies*, 7 (4), 2014, en prensa, y L. Renshaw, *Exhuming loss. Memory, Materiality, and Mass Graves of the Spanish Civil War*, Walnut Creek, Left Coast Press, 2011.

<sup>30</sup> Ver O. Martínez, « Mémoire d'une guérilla, guérilla pour la mémoire » dans F. Martínez-López « Quico »: *Guerrillero contre Franco. La guérilla antifranquiste du Léon (1936-1951)*, Syllepse, Paris, 2000. El propio Emilio Silva relata el encuentro con uno de los actores de esta exhumación, el guerrillero Francisco Martínez López: « Dos semanas después de encontrar la fosa de mi abuelo asistí en Vega de Valcarlos al homenaje a tres guerrilleros: Abelardo Macías Fernández, Alpidia García Moral e Ilario Álvarez Méndez. En Madrid había cenado con Francisco Martínez «Quico». Él me había hablado de la apertura de una fosa de Arganza. Me dijo que era posible y me contagié de su inmensa lucha por recuperar la memoria. Quico me habló de Santiago Macías, un joven de Ponferrada entregado a rescatar la memoria de los guerrilleros del Bierzo. Gracias a ellos me llamó una periodista de La Crónica de León y mi historia pasó de lo personal a lo público. ». Emilio Silva, « Mi abuelo también fue un desaparecido », *La Crónica de León*, 8 de octubre de 2000.

<sup>31</sup> Proceso descrito de forma muy pertinente por B. Bevernage & L. Colaert, *op. cit.*, que también describe la contestación de las formas de « recuperación de la memoria histórica » propuestas por la ARMH por parte de otras asociaciones memoriales y familiares de víctimas.

la palabra y el acto funciona a nivel individual : varios militantes por la memoria han dejado constancia del efecto curativo y liberador de dar un sentido a la tragedia familiar, de restituir la dignidad de sus familiares, en sus propias trayectorias individuales y en la reconstrucción de su propia identidad, tanto individual como colectiva<sup>32</sup>. Al declarar en su primer artículo en *La Crónica de León* que « mi abuelo *también* es un desaparecido », en efecto, Emilio Silva, como otros militantes de la memoria, se inscribe como individuo en la historia de un trauma colectivo y puede dar un sentido constructivo, político, a lo que durante años solo fue un hueco innombrable en la historia familiar. La « recuperación de la memoria histórica » aparece así en una dimensión que pone de relieve su importancia como discurso sobre el cual edificar una identidad a la vez individual y colectiva : la de hijos y nietos de desaparecidos, en busca de las palabras y de los actos capaces de exhumar el pasado (en sentido real y figurado) y de curar la psicopatología individual, colectiva y nacional construida sobre el trauma de las desapariciones.

Los muertos, los desaparecidos, son pues la piedra angular del dispositivo memorial y militante de la ARMH. Desaparecidos que, por otra parte, quedan englobados en la categoría colectiva de víctimas, no problematizada pero no por ello menos problemática desde el momento en que borra y anula toda la trayectoria individual de quienes yacen en las fosas comunes : individuos que no eran víctimas hasta que la represión y la muerte no los transformó en tales, categoría que corre el riesgo de ser naturalizada y borrar el sentido político del conflicto que provocó sus muertes. Por otro lado, la sociedad española tiene claramente un problema con dicha categoría, que provoca interminables guerras políticas : no hay más que ver, en el caso que nos ocupa, cómo la derecha revisionista « desentierra » simbólicamente a « sus » víctimas, por ejemplo a lo largo de la « guerra de esquelas » que tuvo lugar en los periódicos españoles durante los meses previos a la aprobación de la « Ley de Memoria Histórica » de 2007, o cómo la Iglesia Católica moviliza la equívoca categoría de « mártires » para tomar partido, sin dar la impresión de tomarlo explícitamente, en las actuales guerras de memoria<sup>33</sup>.

Pero el problema se plantea, en el seno del movimiento « por la recuperación de la memoria histórica », desde el momento en que los muertos no son los únicos que pueden hablar con legitimidad del pasado, sino que hay una memoria viva de la represión y de la lucha contra el franquismo. En particular, el colectivo de guerrilleros anti-franquistas, con grandes dificultades para hacer reconocer por el Estado español su legitimidad de luchadores por la democracia (dificultades ligadas, unas, a la propia trayectoria histórica del movimiento guerrillero y en particular de su dirección comunista ; otras, a la sombra deslegitimadora que la existencia de una organización armada

<sup>32</sup> Ver P. Pépin, *Histoires intimes de la guerre d'Espagne. La mémoire des vaincus 1936-2006*, Paris, Nouveau Monde Editions/France Culture, 2006.

<sup>33</sup> Por no hablar de las dificultades de integrar otro tipo de víctimas, como las víctimas del terrorismo de ETA o las de los atentados de 2004 en Madrid, en discursos políticamente consensuales a nivel nacional.



como ETA proyecta sobre las luchas armadas del pasado), aparecen como una voz disonante en el consenso general del discurso de la « recuperación de la memoria histórica ». Los guerrilleros rechazan de plano ser considerados como víctimas, critican a menudo las opciones, formas y contenidos discursivos de las exhumaciones de fosas y posteriores reexhumaciones, reivindican para las luchas del pasado un sentido fuertemente politizado que da la impresión de resultar casi inaudible para los militantes de la memoria del presente<sup>34</sup>. Sobre todo, los guerrilleros supervivientes son la prueba viviente de que el pasado no puede ser contado como una historia en blanco y negro, de verdugos y víctimas, con un sentido unívoco, sino que es algo mucho más complejo; de que las acciones y acontecimientos del pasado no se dejan encerrar en categorías simplificadoras, y sobre todo, de que no podemos analizar el pasado aplicando nuestra subjetividad y sensibilidad del presente. Algo que los historiadores deberían saber muy bien, aunque a veces, por ejemplo cuando analizan discursos del pasado atribuyéndoles significados e intencionalidades del presente, parecen olvidarlo.

### CONCLUSIÓN (PROVISIONAL) : UN PASADO EN BUSCA DE NARRATIVAS

En el epílogo, dedicado a la memoria europea, de su memorable ensayo *Posguerra*, Tony Judt escribe, a propósito del actual excedente de memoria en la construcción de la identidad europea y del peso dado en esta a la identidad de las víctimas, que « la memoria es intrínsecamente polémica y sesgada: lo que para unos es reconocimiento, para otros es omisión. Además, es una mala consejera en lo que al pasado se refiere ».<sup>35</sup> Esta posición (que no significa, evidentemente, defender la amnesia o el olvido) ha sido ampliamente seguida por los historiadores españoles en las polémicas inspiradas en la « recuperación de la memoria histórica », con algunas particularidades propias del caso español con respecto a otras naciones europeas inmersas en conflictos memoriales : la escasa proyección pública del discurso de los historiadores, desplazados del espacio público y mediático por otro tipo de « expertos » (militantes de la memoria, novelistas, revisionistas), y la mutua desconfianza, que en ocasiones puede llegar al menosprecio o la descalificación, entre militantes de la memoria (pienso aquí principalmente en la

<sup>34</sup> Esta dificultad de integrar el discurso de los testigos en nuevas epistemologías para la comprensión del pasado es analizada para el caso de los guerrilleros por P. Sánchez León y C. Agüero Iglesia, « Memory and Sustainability: Merging Epistemics in the Maquis Revival », *Hispanic Issues On Line*, Fall 2012, p. 217-231. Los autores ponen de manifiesto el peligro de naturalizar sus discursos y experiencias analizándolas sin perspectiva histórica : « Those freedom fighters, our ancestors, were not like us: even if they used terms such as democracy, they could not be equating it with exactly its current institutional shape or meaning. An account of their acts not founded on this sensibility would render their experience fake » (p. 227). Sin embargo, no analizan la contradicción entre los diferentes usos del pasado realizados por las asociaciones y por los propios guerrilleros, para los que hay una continuidad política entre su lucha por la memoria y la lucha de los años de posguerra.

<sup>35</sup> T. Judt, « Epílogo. Desde la casa de los muertos. Un ensayo sobre memoria europea contemporánea », dans *Posguerra. Una historia de Europa desde 1945*, Madrid, Taurus, 2006, p. 1145-1183, cita en p. 1182. Ver también el imprescindible análisis de I. Peiró, « La era de la memoria : reflexiones sobre la historia, la opinión pública y los historiadores », *Memoria y civilización: anuario de historia de la Universidad de Navarra*, 7, 2004, p. 243-294.

organización más visible y mediática, la ARMH) e historiadores. Por parte de los historiadores, la desconfianza con respecto a las « derivas » de la memoria es una norma bastante general, que se acompaña en algunos casos (Santos Juliá sería el ejemplo paradigmático) de una defensa a ultranza de las virtudes de la Transición como pacto sobre el cual fue posible construir la democracia. Pues no hay que perder de vista que la discusión relacionada con la « recuperación de la memoria histórica » tiene al menos tanto que ver con el presente como con el pasado : lo que plantea el movimiento, en efecto, no es tanto una reinterpretación del pasado (sobradamente conocido si uno se toma la molestia de leer lo mucho publicado sobre el tema) como su presencia pública en la España de hoy.

Es cierto, sin embargo, que en este desencuentro entre historiadores y militantes de la memoria hay varias cuestiones dignas de resaltar que sí se refieren a la reinterpretación de ese « pasado oculto ». Una tiene que ver con lo que Julius Ruiz calificaba recientemente de « metanarraciones del exterminio »: ante la enormidad de los crímenes del franquismo (y sobre todo, añadido yo, su presencia material y concreta a través de los restos de los desaparecidos, que como señala Francisco Ferrandiz representan una irrupción de ese pasado traumático en la temporalidad del presente), tanto los militantes de la memoria como algunos historiadores han sentido la necesidad de buscar marcos interpretativos y narrativos que pudiesen rendir cuentas de la magnitud del crimen. Es así como han sido empleadas, casi desde el inicio del movimiento memorial, las categorías de « holocausto », « exterminio » o « genocidio » para dar una imagen lo más impactante posible de la barbarie de los crímenes del franquismo y enmarcarlos en una metanarrativa transnacional : como escribe también Tony Judt, « hoy día, la referencia europea pertinente (...) es el exterminio »<sup>36</sup>. Sin embargo, como ya escribí en otro lugar y han escrito otros historiadores como Javier Rodrigo, la utilización de estas categorías hace pantalla, a la vez, tanto a la especificidad de la Shoah como a la de los crímenes franquistas y no nos ayuda a comprender mejor la naturaleza, casi siempre política, de tales crímenes al asimilarlos a crímenes étnicos, cosa que no eran. Si exterminio hubo (cuestión sobre la que se puede y debe reflexionar de forma pertinente), fue un exterminio de carácter político y de clase. Pero las actuales discusiones en torno a la « memoria histórica », con su insistencia en la categoría unívoca de víctima, son más un problema que una solución para hacer visibles e inteligibles esos conflictos del pasado<sup>37</sup>.

Por otro lado, también se puede reprochar a los historiadores el haber entrado en la liza de la discusión sobre la « recuperación de la memoria histórica » desde sus propias posiciones subjetivas, en tanto que profesionales de la historia amenazados en su ejercicio profesional (por no hablar de otras posiciones y subjetividades políticas o identitarias), en lugar de apropiarse del objeto (la memoria) y explorar nuevas epistemologías

<sup>36</sup> T. Judt, *op. cit.*, p. 1145.

<sup>37</sup> M. Yusta, « La "recuperación de la memoria histórica"... », *op. cit.*, y J. Rodrigo, « El relato y la memoria. Pasados traumáticos, debates públicos, y viceversa », *Ayer*, 87, 2012, p. 239-249.

que puedan dar cuenta de las nuevas demandas sociales con respecto al pasado. Es evidente que algo ha fallado en la transmisión : nuestras formas de narrar, nuestras prácticas profesionales no han sido eficaces a la hora de transmitir los conocimientos generados por una historiografía desbordante en lo que respecta a los temas que interesan a la « memoria histórica ». Personalmente, opino que en la demanda de memoria de muchos militantes y, sobre todo, de muchos testigos y descendientes, hay una insatisfacción que conocemos bien quienes hemos trabajado en temas relacionados con la dictadura y la represión a nivel local : la de no encontrar, en el relato hegemónico, « su » propia historia, « su » vivencia y experiencia ; el de no poder identificarse con un relato que no les cuenta su propia historia, o bien de forma lejana e impersonal, un relato que haga eco al que está impreso (a sangre y fuego en muchos casos) en sus memorias personales y familiares. Un cierto abandono, por ejemplo, de la historia oral y la recogida de testimonios por parte de los historiadores en los últimos años (que estos parecen haber delegado en las asociaciones memoriales, casi del mismo modo que el Estado les ha delegado las exhumaciones) podría ser un síntoma de ese alejamiento de propuestas narrativas que no hace tanto estuvieron en la vanguardia de la renovación historiográfica, como la historia « desde abajo », la *Alltagsgeschichte* o la propia historia oral, que tuvo su momento de gloria en los años 80 para caer en un cierto descrédito poco después (justo al mismo tiempo, qué casualidad, que la « ola memorial » comenzaba a barrer Europa)<sup>38</sup>. Creo por tanto que la actual discusión en torno a la « memoria histórica » trata en parte de algo más amplio, como es la relación entre las narrativas del pasado generadas por los historiadores y su inteligibilidad por parte de las sociedades en las que estos historiadores viven y para las cuales escriben<sup>39</sup>.

Finalmente, es evidente que el problema de la « memoria histórica » es fundamentalmente político, cosa que probablemente también dificulta la discusión al desarrollarse la polémica sobre diversos planos a la vez (político, memorial, historiográfico, humanitario, judicial. . .). Es importante que seamos capaces de deslindar los diferentes planos y de poder discutir serenamente de los diferentes usos y narrativas del pasado que podrían hacernos este más inteligible, sin perder de vista que la cuestión fundamental es, *in fine*, si puede una democracia asentarse sólidamente sobre un suelo que oculta aún los huesos de decenas de miles de desaparecidos. Es muy probable que, mientras siga sin resolverse ese problema, el pasado siga emergiendo en el presente y no pueda ser, definitivamente, historia.

<sup>38</sup> Descrédito palpable, en el caso francés, en el dossier de los *Cahiers de l'IHTP*, 21,1992, *La bouche de la Vérité ? La recherche historique et les sources orales*, sous la direction de Danièle Voldmann.

<sup>39</sup> Sobre estas cuestiones es imprescindible el dossier de la revista *Alcores* coordinado por I. Peiró, « La(s) responsabilidad(es) del historiador », *Alcores. Revista de historia contemporánea*, n° 1, 2006.